

UN EXTREMO DEL LAGO LACAR Y LA LLANURA DONDE HA SIDO FUNDADA LA COLONIA MILITAR DE SAN MARTÍN DE LOS ANDES

de anchura, presenta en su murallón casi inaccesible, á modo de grietas ó desmoronamientos, ciertos pasos por donde pueden los viajeros trasladarse á la falda opuesta. Estos pasos, siguiendo el orden de Norte á Sur, son el de los Patos (4.000 metros sobre el nivel del mar) y el de Uspallata (3.927 metros), cerca del cual acaba de abrirse el enorme túnel trasandino que pone en comunicación á la Argentina con Chile; el del Planchón (3.048 metros); los tres del Portillo; el de las Damas y el de Antuco (2.100 metros) y el de Bariloche ó de Nahuel Huapi, á 840 metros de altura solamente.

Como se ve, los pasos de la cordillera son cada vez más accesibles y cómodos conforme se avanza hacia el Sur, donde los Andes rebajan sus imponentes cumbres.

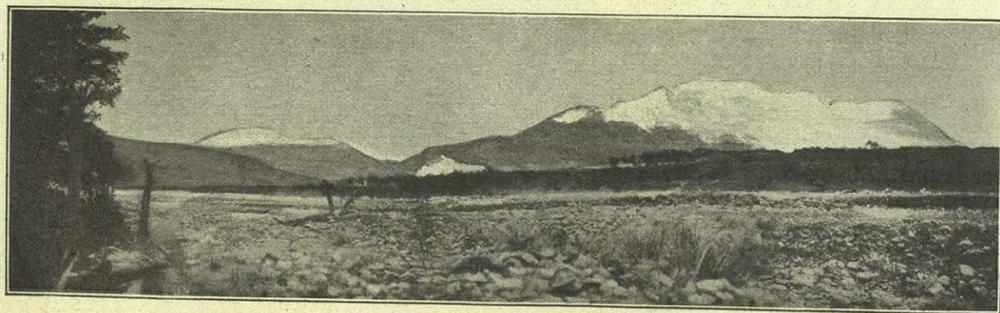
Más al Norte del paso de los Patos, y á considerables alturas, existen en la provincia de Mendoza los pasos de Dehesa y Cruz de Piedra; en La Rioja, los de Atajo y Come-Caballos ó Pircas; en la de Catamarca, los de Portezuelo y Barrancas; en la de Salta los del Obispo, Acay y Antofagasta, y en Jujuy los de Humahuaca, Zenta y Cortaderas.

\* \* \*

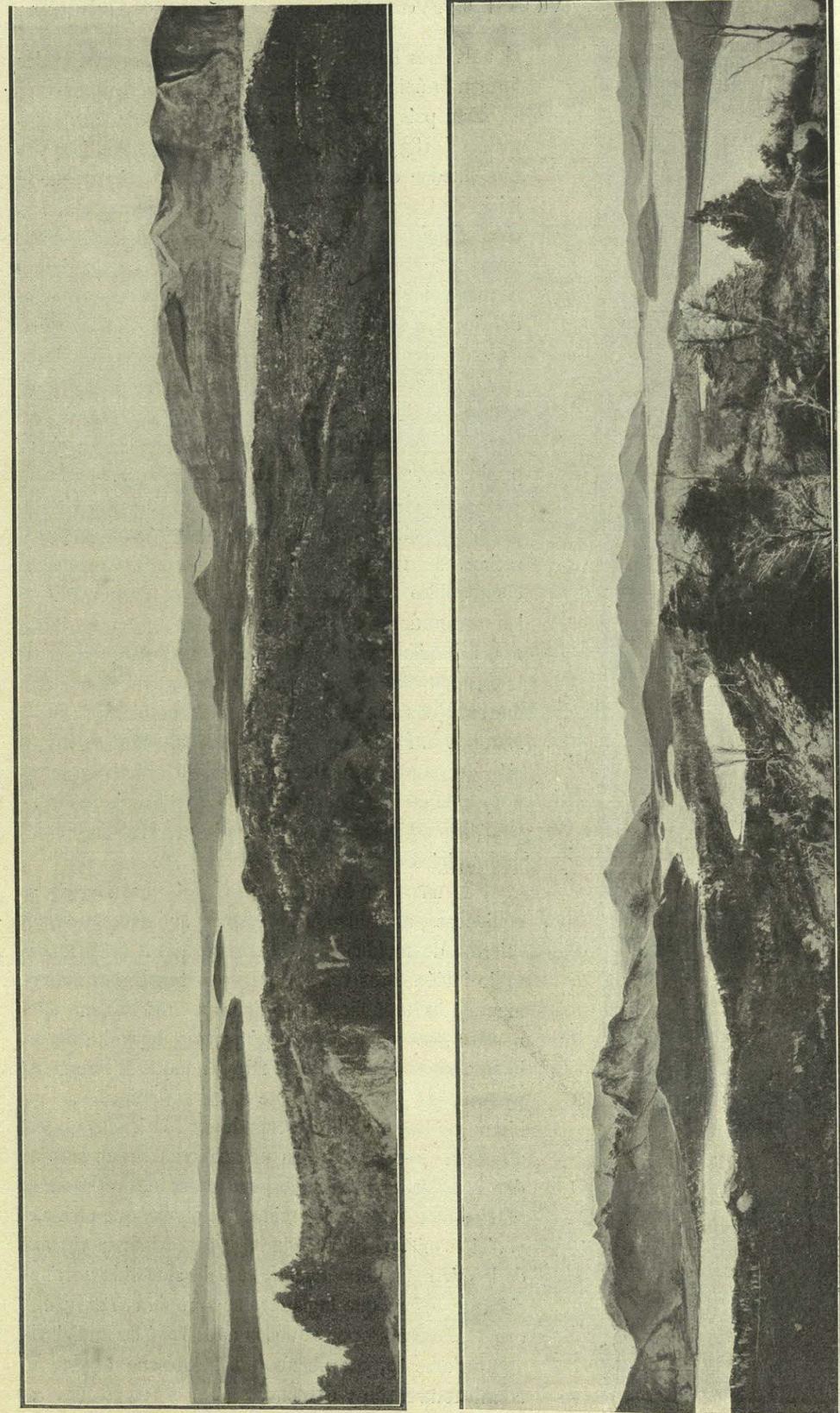
La orilla atlántica de la Argentina, á partir del grado 40 de latitud, ó sea desde la desembocadura del Río Negro hacia el Sud, va levantándose progresivamente sobre el mar, formando una costa ó barranca que llega á tener 130 metros de altitud. Detrás de ella se prolonga la llanura regular y monótona.

Esta llanura, extendiéndose hacia el Oeste, llega hasta los Andes, y es la altiplanicie patagónica; una sucesión de la llanura baja de la Pampa, cortada únicamente á largos intervalos por anchos valles que dan al mar.

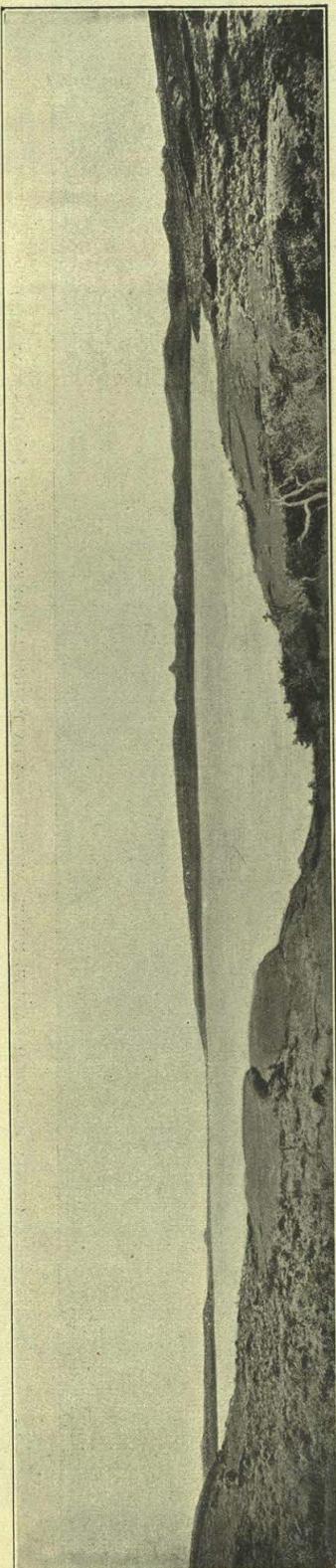
La enorme superficie de tierra patagónica se eleva también lentamente hacia el Oeste hasta llegar á la Cordillera. No hay en su uniforme monotonía otras alturas que algunos pequeños cráteres apagados, que sirven de norte á los que caminan por esta soledad inmensa, semejante á la del mar. Escasa en lluvias, la llanura patagónica es de una aridez triste. Anchos y profundos barrancos cortan el suelo para el arrastre de las lluvias, pero están secos casi todo



UN PAISAJE DE LA PRECORDILLERA



PANORAMA DEL LAGO NAHUEL HUAPI, VISTO DESDE LA PENÍNSULA DE SAN TADEO (en dos secciones)



EL LAGO SAN MARTÍN (PARTE ORIENTAL)

el año. Los pastos son escasos: espinosos matorrales forman la única vegetación.

Este país desolado mereció de Darwin, al explorarlo en 1833, el título de «tierra maldita.» Los sabios pueden equivocarse, y nada menos cierto que el juicio de Darwin. La Patagonia es una tierra de maldición cuando no recibe la fecundante caricia del agua; pero en las cercanías de los ríos y los lagos, allí donde la mano del hombre ayuda á la Naturaleza por medio del riego, el suelo patagónico es de una fecundidad estupenda, desconcertante, como no llega á verse tal vez en ningún lugar del globo. Diríase que el suelo, infecundo y dormido desde los primeros días del planeta, quiere resarcirse de su quietismo con un exceso de actividad productora, al ser despertado por el hombre.

Yo he visto en las irrigadas orillas del Río Negro, campos de alfalfa á la que se da varios cortes por año; racimos de uva, absurdos por lo enormes, únicamente comparables á los que trajeron en la leyenda bíblica los exploradores de la tierra de Canaan; peras y manzanas de kilo y medio; melones y zapayos de 30 á 40 kilos; toda una producción extravagantemente colosal, que sobrepasa las medidas corrientes establecidas por la Naturaleza. El día en que terminen las obras de irrigación decretadas recientemente por el Gobierno argentino, y el agua inactiva de ríos y lagos refresque los campos útiles de la Patagonia, ésta se convertirá en un país de prodigios.

Fué una gran fortuna para el país que Darwin se equivocase, no sabiendo apreciar lo que encerraban las «tierras de maldición». De seguro que á ver claro el sabio inglés, estos territorios no pertenecerían actualmente á la República Argentina. La Gran Bretaña mira nuestro globo como cosa propia, y sólo deja á los demás lo que no le conviene. En 1833, aunque la Patagonia perteneciese geográficamente á los argentinos, el Gobierno de Buenos Aires, ocupado en contiendas civiles, no podía ejercer sobre ella una soberanía real. Los indios eran sus únicos dueños, sin temer más represiones que las momentáneas ejercidas por alguna que otra expedición militar. Si Darwin llega á adivinar la riqueza de la «tierra maldita» cuando se halla sometida á irrigación, de seguro que Inglaterra se apropia la Patagonia, como se apropió por aquellos años las islas Malvinas, arbitrariamente, atropellando al Gobierno argentino, contra toda razón y derecho.

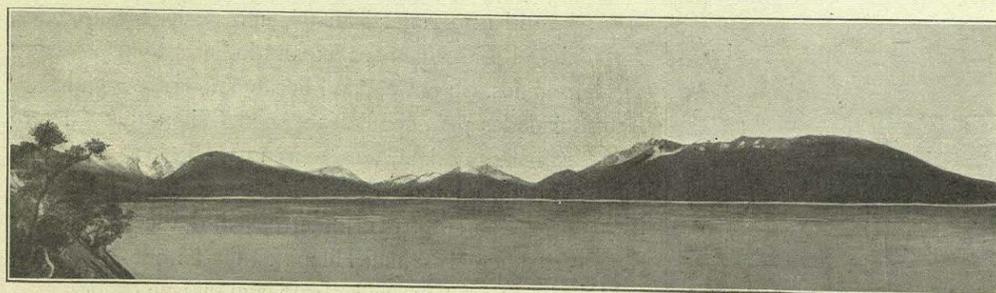


UN REBAÑO EN LA ARGENTINA AUSTRAL

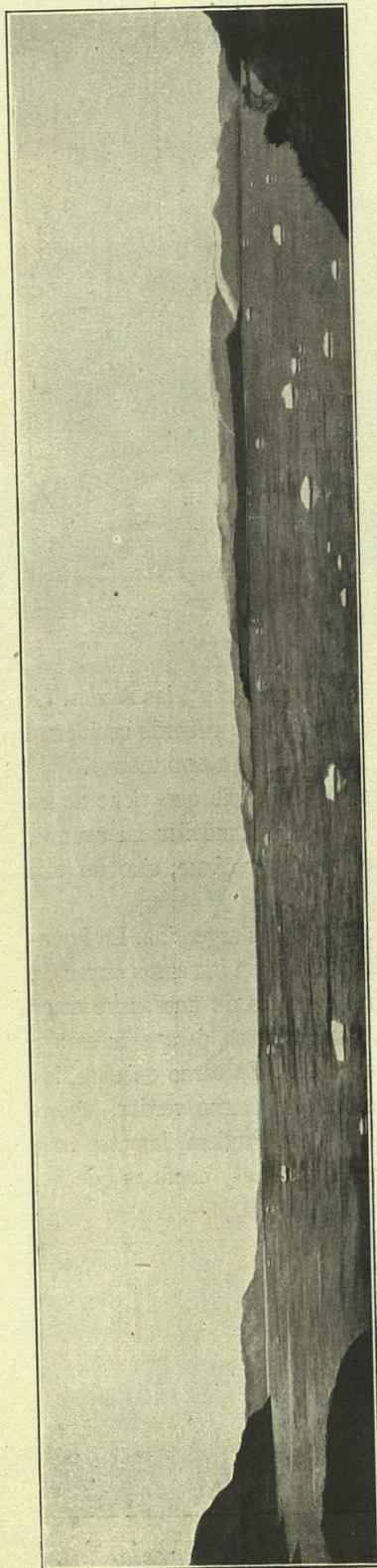
El aspecto de la llanura patagónica cambia rápidamente al aproximarse á los Andes. La árida altiplanicie desciende con brusquedad cerca de la Cordillera, y este reborde occidental es tan rápido y profundo en su caída, que en algunos lugares llega á tener 1.000 metros.

Una enorme depresión, un foso gigantesco se abre entre la altiplanicie que viene de las costas del Atlántico y los Andes de nevada cabeza que contemplan inmóviles su avance, sirviendo de barrera al Pacífico. Esta depresión no es un valle igual y continuo, sino un país accidentado, de gran fertilidad, con ricas praderas y magníficos lagos.

Los lagos de los Andes son una de las más bellas grandezas del país argentino. La liquefacción de las nieves, descendiendo por las vertientes, va á depositarse en inmensas copas de piedra, en lechos profundos é impermeables, formando láminas enormes de una suave color de turquesa, que duermen tersas y brillantes á la sombra de las montañas, ó se enturbian y embravecen con los vientos de la Cordillera. ¡Los lagos argentinos!... En torno de ellos, los bosques son á modo de parques naturales. La vegetación presenta un eterno verdor, jugoso y expansivo. Es la misma lujuriosa exuberancia de la tierra tropical. Pudiera llamarse este país el «trópico frío» por los esplendores de sus frondas, menos brillantes y confusas que las



PARTE OCCIDENTAL DEL LAGO SAN MARTÍN



EL LAGO BUENOS AIRES CON TÉMPANOS FLOTANTES

del verdadero trópico, pero también menos quemadas, con colores más suaves, tiernos y barnizados.

Cualquiera extensión acuática de la Argentina lacustre es más grande que el lago mayor de Europa. No hay en el viejo mundo nada que pueda compararse á estos mares interiores. Se parecen por su belleza á ciertos lagos suizos, y más aún á los lagos de la península Escandinava; pero se diferencian enormemente por las proporciones, como una casa de muñecas lujosa y bonita es distinta de una vivienda de bloques basálticos, levantada por las fuerzas libres de la Naturaleza.

A lo largo de la Cordillera, entre ésta y la planicie patagónica, se alinean los lagos argentinos en una enorme extensión geográfica, desde el grado 40 al 51. Si hubieran de mencionarse todas las masas de agua de alguna consideración que existen al pie de los Andes, el relato resultaría largo y fatigoso en extremo. Además, son tantos los lagos y tan dilatado el país que ocupan, que muchos de ellos á estas horas no están todavía explorados por completo.

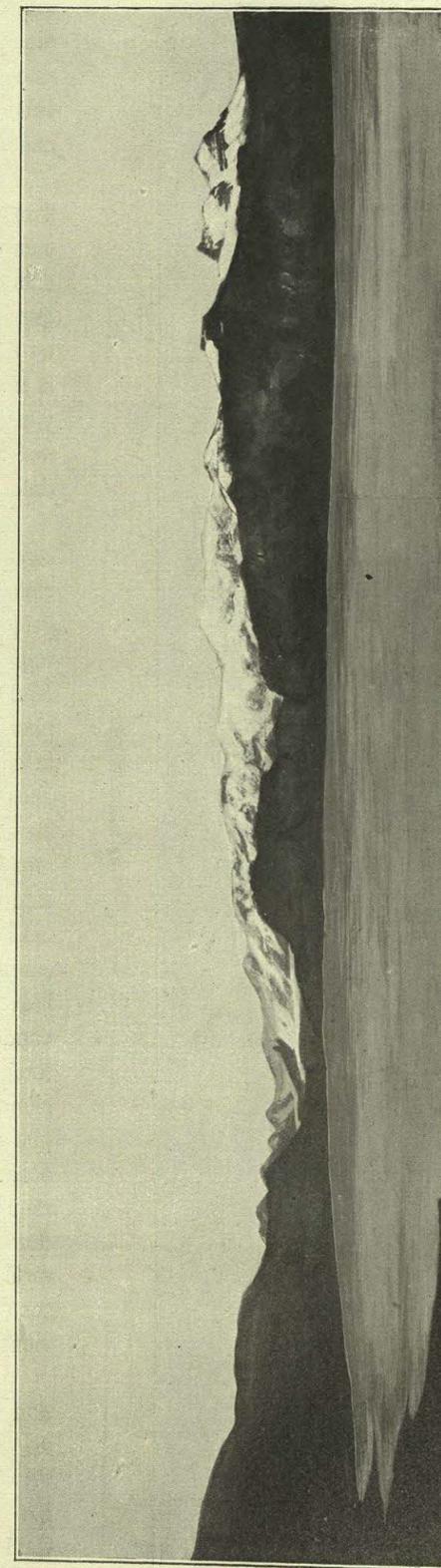
Siguiendo de Norte á Sur, el primer lago que se encuentra es el Lacar, dentro del territorio del Neuquén. En sus aguas unidas y tersas se reflejan invertidos, como en un espejo, los picos nevados de las montañas inmediatas, el bosque oscuro que viste sus laderas por debajo de la zona glacial, y el soberbio cono del volcán Lanin, que tiene una altura de 3.800 metros. El lago se prolonga por su extremo oriental en una llanura fértil, donde el Gobierno argentino ha establecido una colonia militar, llamada de San Martín de los Andes. Todas las planicies inmediatas al Lacar son tan ricas para la agricultura, que los indios, señores de esta región hasta hace pocos años, las cultivaban á pesar de sus costumbres nómadas y de su especial predilección por la ganadería.

El lago Nahuel Huapi, uno de los más grandes, fué el primero en ser explorado entre todos los lagos andinos. Su extremidad occidental ofrece grandes facilidades para comunicarse con Chile, cuya frontera se halla próxima, y esta circunstancia le ha hecho ser visitado en todo tiempo. Actualmente, el Gobierno argentino construye un ferrocarril desde la costa del Atlántico al Nahuel Huapi. El día en que la locomotora llegue á sus orillas, este lago será un camino más, cómodo y fácil, para pasar al territorio chileno.

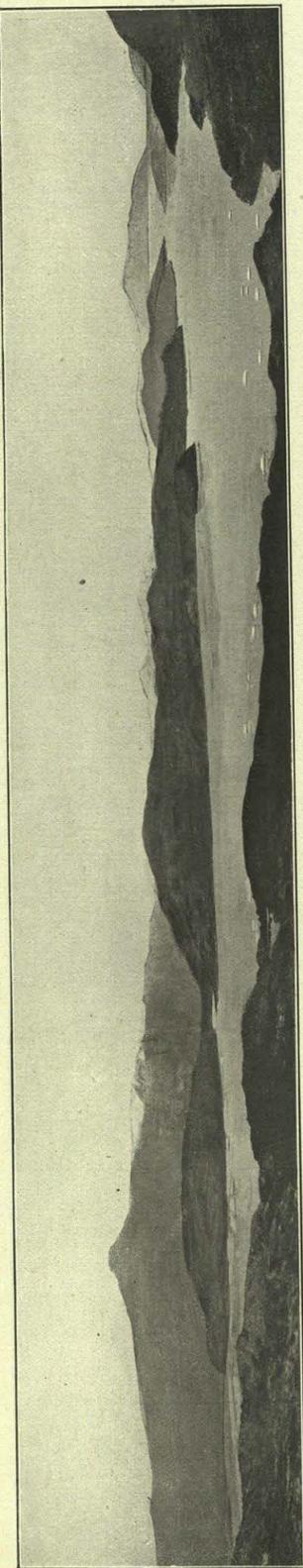
El Nahuel Huapi — nombre que según Reclus significa «Isla del Tigre», por una larga isla cubierta de cañaverales, que ocupa el centro de su cuenca — fué explorado hace más de dos siglos. Los misioneros jesuitas se establecieron en sus riberas en 1670, en medio de los indios araucanos, y á principios del siglo XVIII fundaron un pueblecito en el mismo sitio donde empieza el río Limay. Una incursión de indios arruinó el establecimiento, y el lago quedó olvidado hasta 1855, en que se fueron reanudando las exploraciones aisladamente. Después los soldados argentinos se apoderaron en definitiva del país, barriendo á los indígenas. Esto último ocurrió en la famosa conquista del desierto, dirigida por el general Roca; la empresa de resultados más trascendentales que se conoce en la historia de la civilización argentina.

El Nahuel-Huapi es largo, de contornos irregulares, abundante en penínsulas y bahías, y tiene en el centro de su cuenca varias islas cubiertas de bosques que parecen flotar sobre las aguas como dorsos de cetáceos. Su longitud es de 80 kilómetros, su superficie de 4.000 kilómetros cuadrados, su profundidad de 300 metros y se prolonga al Norte con otros dos lagos, el Espejo y el Correntoso, que son como hijos suyos, pues sólo están separados de él por algunas tierras de aluvión. Sus contornos, sinuosos y abruptos, abundan en fiords, semejantes á los de Noruega; callejones acuáticos de altos y cortados murallones, con densos bosques en las crestas y salientes, que se reflejan sobre el lago como planchas de ébano. En los grandes espacios de agua libre, retrátanse invertidos los gigantes blancos de la Cordillera; entre ellos el monte Tronador, de 3.460 metros, una de las alturas andinas más dignas de admiración, eternamente cubierta de nieves, que al desprenderse en forma de retumbantes avalanchas, semejantes á truenos, han dado al coloso el nombre que lleva.

En las riberas del Nahuel Huapi, como en las del Lacar, el clima es moderado y no llega á grandes extremos. Las selvas practicables que cubren las pendientes contribuyen á esta regularidad de la temperatura, que hace la vida muy



EL LAGO ARGENTINO Y SUS VENTISQUEROS



EL LAGO VIEDMA

saludable. Hoy, por la escasez de habitantes y de medios de comunicación, las tierras fértiles inmediatas á estos lagos están dedicadas á la ganadería, pero tras ésta vendrá la agricultura, con una de esas rápidas mutaciones tan frecuentes en el progreso argentino.

Desde el grado 46 hacia el Sur se extienden los llamados Lagos Australes, «la Suiza argentina», salvajemente bella, con sus superficies acuáticas, que son verdaderos mares interiores de invisibles orillas; sus ventisqueros, que dejan rodar los témpanos con el estrépito de un cañonazo por las pendientes verdes hasta hundirse en la sábana lacustre; sus selvas de vegetación exuberante y melancólica, donde los troncos están vestidos de verde mohoso, y bajo las hojas, hinchadas de humedad, reina una dulce penumbra de crepúsculo.

Este paisaje, de belleza austral, se dilata desde el lago Nahuel Huapi hasta los canales inmediatos á la zona chilena del Magallanes, en una extensión de diez grados geográficos. ¡La reserva de bienestar y producción que representa para los hombres la rica faja lacustre de los Andes patagónicos! . . . Este país está hoy casi desierto, pues tiene, cuando más, algunas colonias ganaderas. Pero la emigración se dirige lentamente hacia él y en pocos años podrá transformar su fisonomía. Hay en su suelo atracción remuneradora para todas las actividades: el minero, el agricultor y el pastor tienen allí su sitio. Visto este territorio en el mapa, asusta por su situación extrema hacia el Polo Sur. La imaginación se representa á los campos bajo una eterna costra de hielo, y á sus infelices habitantes agazapados en subterráneas excavaciones, llevando una vida de esquimales. Nada menos cierto. En territorios que se hallan mucho más al Norte resulta el clima menos llevadero que en esta región austral. El bosque y el lago, poderosos por su abundancia y su grandeza, como verdaderos señores del país, modifican la atmósfera, templan y dulcifican con su humedad la crudeza glacial, dan calor al invierno y alejan al estío respirando brisas. La montaña ayuda á este resultado con sus tortuosidades bien orientadas, cerrando el paso á los vientos inclementes.

Los lagos Mumsters, Colhué, Krüger y Fontana dan origen á varios ríos. El enorme lago Buenos Aires no es un lago, es un mar, en el que se elevan, en días de tempestad, olas altísimas, iguales á las del Océano. Lo mismo puede decirse del llamado lago Misterioso y del lago San Martín, bautizado este último con el nom-

bre del glorioso general por el geógrafo argentino Moreno, cuando lo descubrió en 1877; lago que se desarrolla con un perfil irregular entre altivas montañas de origen volcánico.

El lago Viedma, que lleva el nombre de Antonio de Viedma, el primer explorador que en 1872 llegó á sus orillas, es el más grande de todos. Su contorno ovalado tiene cerca de 100 kilómetros de longitud. Un poderoso río de hielo se derrumba en inmóvil cascada sobre su ribera de Occidente, y los témpanos, al desprenderse, flotan en su superficie como cisnes de cristal.

El lago Argentino, descubierto por Gardiner en 1868 y estudiado por Moreno diez años después, ocupa, en el territorio de Santa Cruz, la región hasta hace poco desconocida, á la que llamó Darwin, en su viaje sud-americano, «Llanura de Misterio». Su profundidad y su extensión hacen de él también un mar, y como en el Viedma y el San Martín, témpanos de hielo flotan muchas veces sobre sus aguas.

En la llanura argentina no existen lagos que puedan compararse con estas extensiones acuáticas de los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz. Más bien que lagos son grandes lagunas, sábanas de agua que rompen la monotonía de las planicies centrales. La Pampa tiene la laguna de Urre-Lauquén; la provincia de Buenos Aires las de Chañar, Mar Chiquita, Chascomús, Gómez y Dolores, y la provincia de Santa Fe, la de Guadalupe, inmediata á la capital, y las de Víboras, Cristal y Palmar.

La laguna de Mar Chiquita, en la provincia de Córdoba, es una de las más considerables. Su longitud la calculan en 100 kilómetros, y su anchura en 50, con 30 metros de profundidad. El lago Bebedero de San Luis y la gran laguna de Guanacache, entre las provincias de Mendoza y San Juan, también son importantes por su magnitud y profundidad. En Catamarca están las lagunas Blanca y Colorada, y en Jujuy las de Casalindo y Toro, de aguas salobres.

Pero de todas las lagunas, la más famosa es la de Iberá, en la provincia de Corrientes, extensión de 20.000 kilómetros, que aún se halla, en su mayor parte, inexplorada y envuelta en el misterio, como en tiempo del descubrimiento de los españoles, circulando acerca de ella un sinnúmero de fantásticas consejas.

\* \* \*

En el tesoro geográfico de la Argentina, la principal riqueza son los ríos. No existe en Europa nación alguna que pueda compararse fluvialmente con la República del Plata. Las costas de tierra adentro tienen un desarrollo mayor que las marítimas. Sus puertos más importantes (Buenos Aires y Rosario) no dan al mar, sino á los ríos Plata y Paraná.

Hay naciones europeas que tienen en su interior grandes puertos: Londres es un ejemplo. Pero los ríos de Europa que prestan este servicio no pueden compararse por su extensión y su caudal navegable con el famoso río de la Plata.

Cuando se admira la generosidad con que la Naturaleza ha dotado á la República Argentina, la grandeza de sus ríos es lo primero que salta á la vista. La ciudad de Rosario, situada á centenares de kilómetros lejos del mar, en el corazón de la tierra argentina, es un puerto de fama mundial, al que pueden llegar buques trasatlánticos. Paraná y Corrientes, ciudades que se hallan en las entrañas del continente, á varios días de distancia de la costa oceánica, son también valiosos puertos. Concordia, no menos lejana del mar, goza igualmente de esta ventaja, gracias á la caudalosa corriente del río Uruguay. ¿Cómo no admirar este país privilegiado, en el que todo parece hecho para la exuberante producción del suelo y la expansión mundial de sus productos? . . .

Las tormentas derraman líquidos caudales en las altiplanicies de Bolivia, en las miste-